

Título: LA MESITA METÁLICA.

Pseudónimo: Comouno.

LA MESITA METÁLICA

Andaba siempre como distraído, como si ignorase la presencia de todos a su alrededor. Pero al pasar por la puerta de casa nunca olvidaba saludar con un “condiós”, al que mi madre respondía de la misma forma ceremoniosa:

– ¡Vaya usted con Dios!

Al comentar la noticia de su muerte, ella me recordó que se trataba del cobrador del autobús que entonces nos llevaba a la capital. Sentado en una mesita de metal junto a la puerta trasera, se manejaba con la desenvoltura de un cajero de banca, contando billetes y monedas y devolviendo el cambio. Su actitud de recaudador severo e insobornable se transformaba cuando al salir del casco urbano se acababan las paradas del trayecto de ida. A menudo discutía sobre el partido del fin de semana con algún conocido que se quedaba de pie, apoyado en la barra de la plataforma trasera, o se enfrascaban en un intercambio de chistes obscenos.

Yo iba algunos sábados de compras con mi madre y nos bajábamos en la esquina del Cachorro. Recorríamos los comercios de la calle Castilla, transitada por la gente de los pueblos de alrededor. Otras veces llegábamos hasta el Barranco y cruzábamos la estación de Damas en dirección al Centro.

En algunas ocasiones volvíamos de noche. El sonido bronco del motor se agudizaba a medida que el conductor cambiaba de marcha. Al atravesar el

antiguo puente de hierro la negrura nos engullía. Una suerte de melancolía se manifestaba en los rostros de la gente, que dormitaba esparcida por los asientos de madera. Mientras tanto, Basilio, casi inmóvil, con el brazo extendido sobre la mesita de metal, fijaba la vista en la ventanilla de enfrente, como si en ella pudiera ver reflejados sus pensamientos.

También me contó mi madre que cuando la empresa de autobuses decidió hacer un ajuste de plantilla y prescindir de los cobradores, Basilio tuvo que acogerse a la jubilación anticipada. Aprovechando que los antiguos empleados podían disfrutar del uso gratuito del transporte, a menudo se dedicaba a viajar en ese mismo trayecto, subiendo y bajando del vehículo según le viniera en gana.

Un día, debido a los cambios ocasionales de recorrido a que obligaban las obras de la Expo, bajó del autobús antes de lo que tenía pensado y al darse cuenta de su error, intentó volver a subir una vez que se había reanudado la marcha. Al poner el pie en el escalón perdió el equilibrio, cayó de espaldas y murió en el acto.

Durante mucho tiempo continuaron conservando los vehículos esas mesitas metálicas de cobrador, ocupadas con frecuencia por pasajeros que no encontraban otro asiento libre. A veces, me daba por imaginar que el fantasma de Basilio permanecía aun allí sentado, y que me contaba alguno de sus chistes verdes o meditaba, con la mirada puesta en la oscuridad exterior.

Y yo, antes de bajar, me despedía siempre de aquel espectro como acostumbraba hacer mi madre, con un “vaya usted con dios”.